

FRANCISCO DUSSUEL DÍAZ

PEDRO PRADO, POETA

PEDRO PRADO destaca en la lírica chilena egregiamente; y en estas páginas pretenderemos adentrarnos en su espíritu para percibir las resonancias puras de quien vivió hechizado por el misterio de lo bello y lo divino.

“Los Diez”, cobijados en la regia y señorial mansión de los extramuros santiaguinos, rendían culto al arte como suprema aspiración del espíritu. El oficiaba, impulsaba y despertaba inquietudes dormidas, haciendo que la música, la pintura y la literatura se hermanasen en la eclosión espontánea de ideas, sentimientos e ilusiones.

Prado, a los veintidós años encarnó la rebeldía.

El 17 de noviembre de 1908, Omer Emeth escribió así, comentando la aparición de *Flores de Cardo*:

Es un joven, puesto que para él las reglas de la vieja poética, del añejo clasicismo ya no existen . . .

El poeta, según él, es autónomo. Libre como el ave, no se halla obligado a moverse sobre férreos e invariables rieles.

No liga sus conceptos como nosotros solemos ligarlos. Si hubiera de atenerme a críticas publicadas en algunos diarios, todo el hallazgo se reduciría a nada. Pero debo declarar que en mi opinión esas críticas son injustas.

Se interna más adelante el crítico en un intento de clasificación, tarea difícil sino imposible, pues la vida desbordada y pujante del joven poeta chileno no admite categorías: *No es ni místico, ni simbolista ni idealista; es un conjunto, una aleación de estos tres elementos poéticos.* (*Vida Literaria*, pág. 15).

Pero hay una observación importante en el estudio de este

crítico, observación que señala una de las notas típicas de toda la producción literaria de Prado:

Joven en toda la extensión de la palabra, nuestro poeta canta sugestionado por aquel "eterno femenino" de que hablaba Goethe y que mientras enloquece a los más, aquieta a algunos privilegiados.

Su influencia "quietista" se manifiesta en muchas páginas de "Flores de Cardo". No es poca alabanza el poder asegurar que, a diferencia de tantos poetas, Pedro Prado ha hablado del amor poéticamente sin remover en lo más mínimo el cieno en que muchos se revuelcan complacidos y gozosos. (op. cit., pág. 15).

Algunos tratadistas colocan en un mismo plano de calidad estética a Neruda, Huidobro y Prado, pero si es verdad que en el impulso rebelde y en la audacia creadora ofrecen no pocos puntos de contacto, sin embargo se diferencian esencialmente en el enfoque de la vida que los tres ofrecen.

La acotación transcrita de Omer Emeth indica, como ya lo advertimos, algo típico en Prado, pues éste sabe dar a su poesía un matiz espiritual espontáneo y cristalino. Sólidamente afincado a la tierra, siente la atracción de lo divino, que lo estremece y atormenta. Al comienzo coexisten un panteísmo difuso y el cristianismo diluido, para ir luego lentamente avanzando hacia la plenitud de un misticismo metafísico, vasto y trascendente, que inquiere lo absoluto fuera de dogmas y ritos. Es la exigencia vital que busca cimas puras, que rehuye ser prisionera, que sólo aquieta sus inquietudes y acalla sus voces en la visión cósmica con proyecciones eternas. De ahí que en la *Oración del hermano Arquitecto* y en *Camino de las Horas* (1934) existan dos momentos de diverso dinamismo existencial, dos fuentes de poesía que se alimentan del mismo manantial.

CAMINO DE LAS HORAS

QUIEN CONOZCA la poesía (prosa y verso) de Prado, habrá advertido que en él se halla un lírico múltiple y un pensador de jerarquía. No se trata, por cierto, de la metafísica abstrusa, regalo de paladares exquisitos que se recrean con esoterismos recónditos, cuya comprensión escapa al común de los mortales. No es un ególatra enfatuado. Si su mente asciende es por el imperativo de un espíritu selecto que ama la lejanía, que desea eternizarse antes que se produzca el milagro.

El tiempo y el espacio aprisionan y esposan, pero hay una forma de evasión que nadie puede impedir: el ensueño, prisma liberador a través del cual el cautivo evoca los encantos de la patria lejana.

¡Doce Horas! ¿Por qué nada más que doce?

Bastan para el símbolo.

Allí está delineado todo un itinerario espiritual que sin voces histéricas canta lágrimas y angustias; sin recursos exóticos nutre sus sonetos de exquisita poesía y sin laberintos conceptuales nos transporta a la cercana región de los misterios insondables.

Por estas *doce horas* transita el amor, sereno y dulce como el atardecer, latiendo en cada átomo invisible; en estas doce horas están aprisionados el paisaje y la naturaleza, las horas de esperanza y éxtasis, matices que irradian claridad y armonías interiores hasta culminar en la emoción religiosa de resonancias puras.

Lo infinito ejerce en el poeta una atracción irresistible.

"*Un vaho surge*" capta el mensaje oculto de las cosas; "*El cielo de Dios*" está colmado de amor; el "*mar divino*", "*el surco del arado, que es oraciones de gracias*", el vuelo del ave, que "*ahonda el horizonte*" y "*la luz inmortal en la mañana pura*", encierran los acentos de un canto que se eleva hacia el cielo.

"*Con un lento vagar*" señala un grado más de su itinerario espiritual, siguiendo los surcos del arado "*sin rumbo alguno y el deseo ausente*"; pero el "*milagro de la noche ardiente*" lo coloca de improviso ante la inmensidad que lo anonada.

Un tañido "*que se resuelve en luz*" llega a sus oídos; es el fulgor que "*esconde — el perfume, el color, el roce, el ruido ... más allá del pensar y del sentido.*" ("De esta sonrisa").

Hay en el aire temblor de cielo y el poeta transfigurado por la proximidad del misterio se expresa así en bella paradoja:

*Sumida en grande amor que la consume,
esta vida extinguiéndose se acrece.*

Queda así definido su concepto de la muerte: es atardecer y aurora, lo último y lo primero, la extinción y el renacer en marcha hacia la plenitud, que es "*música inaudible*", "*semblante abierto*" y éxtasis de arrobamiento.

En la "*hora séptima*" el poeta señala un compás de espera. Como el pensador de Rodin, clava la mirada penetrante en la sombra de las cosas y en las relaciones secretas. Con emoción y

atento sólo a la búsqueda trascendente, indaga con súplicas, sondea y escruta lejanías, para exclamar en "*Si supiera, Señor*":

*¡Yo vislumbro, Señor, que en mi deseo
a Ti te busco en todo cuanto veo!*

En la "*hora octava*" percibimos "un silencio que en el alma ha sonado", purificando su vida confusa y agitada. Embriagado de belleza, poseedor del don infinito que desciende sin ruido para transmutar en armonías el llorar y el morir, invoca al amor en simples palabras y sin clamores de instinto azuzado y complacencia carnal.

ANDROVAR Y ALSINO

LA CRÍTICA no ha escatimado elogios a Pedro Prado. Todos coinciden en juzgarlo como creador de auténtica poesía, en la que lo lírico y lo filosófico se entrelazan para ofrendar un panorama de genuina belleza y subyugante sabiduría.

No se trata de una inquietud científica. Prado prospera en la insaciable aventura que indaga las relaciones trascendentes. Ama el color, la música, el símbolo y la libertad arriscada. En su arte hay torturas que acongojan, alegrías que aligeran la vida, fe que ilumina y amor que se prende ardiente al alma; es poeta esencial, que extrae de las mejores flores el néctar purísimo de la verdad. No se interna en el caos para dejarse atrapar por el vértigo de las tinieblas; penetra en él llevando un mensaje de luz, cuyos resplandores son mensaje de vida palpitante.

Androvar, poema dramático publicado en 1925, es sin duda una de las cimas de nuestras letras. Extraña sobremanera el silencio que reina en torno a él, siendo así que por su originalidad y profundidad, por su valor existencial y belleza de símbolo, debería ocupar un sitio de privilegio. Prado encarnó en este poema dramático el ansia incontenible de verdad que atenaza a todo ser humano y supo liberarse de un planteamiento fríamente especulativo, que lo habría precipitado en complejidades conceptuales, restándole dinamismo dramático a un tema tan subyugante por sus palpitations vitales.

El poeta se remonta aquí a lo universal del hombre. Si elige el marco bíblico es precisamente por el deseo premeditado de evitar equívocos y de sobrepasar los estrechos límites de un

país. Prado toca las fibras más sensibles, ausculta con sabiduría e indaga en profundidad lo que anida en lo más hondo del espíritu y le da forma, lo encarna en seres símbolos, fiel expresión de lo que es el hombre.

Raúl Silva Castro sintetiza en dos frases todo el contenido de *Androvar: la tragedia de los límites* y el anhelo de *conciliar lo inconciliabile*. Coincidimos plenamente con él, pues su doble observación incide en lo esencial del problema humano y divino, que se agita en el poema. Androvar y Gadel desean proyectarse hacia horizontes más vastos y para esto buscan la solución de sus inquietudes en "conciliar lo inconciliabile", *la conciencia única*. ¿Es legítimo este anhelo? Sí, desde el instante mismo en que el hombre es capaz de buscar la verdad y el amor, siente el dinamismo de un imperativo categórico que lo lanza hacia *la tragedia de los límites*. Es contingente, el espacio y el tiempo le ponen barreras, pero los imponderables lo impulsan hacia las últimas esferas en donde cree posible tal vez *conciliar lo inconciliabile*. Prado plantea de este modo una tesis que los grandes escritores existencialistas contemporáneos Jean Paul Sartre, Camus, Kafka y otros colocarán como piedra angular de su interpretación del hombre. Nuestro poeta va más allá que ellos, pues la intervención de Jesús y el desenlace del poema ofrecen una solución, ambigua sí, pero solución al fin, muy distante por cierto del pesimismo nihilista de *Huis Clos*, *El mito de Sísifo*, *La Equivocación* o *El Proceso*. Va más allá, como decimos, a través de la decepción que en muchos finaliza en la desesperación al ver la impotencia de sus esfuerzos.

Androvar y Sísifo se diferencian, pues, esencialmente. La búsqueda de la verdad es siempre insatisfecha, aun tratando de "conciliar lo inconciliabile"; reducirla a un impulso infructuoso es cerrar al hombre todos los caminos, significa precipitarlo en un cepo sin salida al estilo del *Huis Clos* y encadenarlo a un destino cruel como en el que viven aprisionados los personajes de *La Equivocación*. Androvar tiene por lo menos una salida, volver sobre sí mismo, no hacerse sordo a la cordura, oír y comprender el significado de lo que El Nazareno le invita a meditar: *Más fuerte que toda esa falsa desesperación, es el aliento mismo de la vida*.

En otras palabras, Androvar lleva en sí mismo la perla preciosa tan anhelosamente buscada. Le bastará oír los clamores que nacen de su ser, para hallar un rayo de luz.

Androvar y Alsino (1920) constituyen dos momentos estelares de este original escritor chileno.

A cinco años de distancia, Alsino se nos presenta como el germen del poema dramático. Más amplio, más profundo y más humano, *Androvar* enriquece en contenido la leyenda griega de Icaro, privándola del nihilismo destructor y cifrando en la belleza y en la lejanía de lo terreno la cátersis que lo libere definitivamente sin abandonar su condición de hombre.

Androvar y Alsino encarnan la doble aspiración latente en todo ser: liberación y plenitud de existencia. Alsino es más simple en su búsqueda: luz, sol, flores, volar por el espacio sin permanecer ajeno al aguijón del apetito, a la prisión de la materia. En el postrer vuelo se desintegra en la brisa; así traspasa los límites de la materia, que lo ha combatido sin piedad. *Androvar* y su discípulo Gadel llegarán a ser uno solo, *"conciencia única repartida en dos cuerpos, que siguen por la vida existiendo como unidades separadas"*.

Esta es la extraña petición que *Androvar* expone a Gadel; esto es lo que pedirá al Maestro de Nazareth, para acallar ese clamor de plenitud vital, que le quema las entrañas:

"Si yo y tú, en vez de ser la nada de un maestro, y un discípulo, fuésemos uno en dos; si siguiesses viviendo tú en tu cuerpo y yo en el mio, pero ambos con una sola conciencia . . . sabríamos lo que es estar a un mismo tiempo en el mar y en la ciudad, arriba, abajo, a la derecha y a la izquierda, laborando y en reposo: todo a la vez. Sin esfuerzo, escogeríamos lo mejor y la felicidad y el saber, ambos fundidos en un solo bien, caerían en nuestra conciencia enriquecida". (Acto Primero).

Androvar pide con angustia, pues busca la verdad, pero la que él desea. Es oración de riesgo, un *"malsano placer orgulloso, de saberse sin rumbo y solitario"*. Por eso El Nazareno lo llama a la cordura: *"Más fuerte que toda esa falsa desesperación, es el aliento mismo de la vida"*. *"Androvar, ten fe y sígueme"*. El héroe de Prado perdió las perspectivas bajo el impulso de un arranque vital poderoso; intuye en Cristo una solución a su problema, pero en su respuesta está indicando cuán ciego está: *"Te seguiría . . . mas a la vez también quisiera quedarme"*. Condiciona de esta manera la verdad a su elección, desconociendo que existe lo absoluto, en lo que no tiene cabida el elegir. Por eso Cristo lo

llama a la discreción: *“¡Estos son los hijos de los hombres! Les ofrezco llevarlos a Tu Reino y ellos quieren ir por sí mismos”*.

Es una advertencia, una invitación para acercarlo al camino que conduce a la verdad. Contra las negaciones de Androvar, el Maestro antepone la realidad viva del hombre. No es necesario ir hacia confines más remotos y buscar soluciones alocadas: *“Tú buscas; tú conoces. No está en parte alguna; está en ti”*.

Androvar siente el impacto de estas palabras. Lucha ahincadamente por indagar la raíz de las cosas, pero cansado por este esfuerzo inútil ha ido cavando en su propia angustia. Jesús se compadece y le advierte que *“hurgar en sus propias llagas es tentación que acecha a todos los heridos”*.

Nada obtendrá por esa ruta: *“De los frutos venenosos tú destilas una suave bebida que hace daño”*.



En el Acto Segundo, Prado realiza definitivamente el símbolo del que experimenta sus límites y se angustia con el fatal deseo de trascenderlos. Cristo ha verificado el milagro solicitado por Androvar, la *conciencia única* de discípulo y maestro.

Es el camino elegido por ellos para ser felices.

Gadel se enamora de Elienai, mujer de Androvar. El discípulo, que ya es una persona con el maestro, contempla, desea y se alegra con ella. Androvar no ve la escena del encendido amor y pasión arrebatada, pero *“la recibe detalle a detalle en su conciencia enriquecida”*. Aquí empieza su tragedia: *“Nunca beso alguno estuviera más lleno de tal amarga dulzura, como el beso que por boca de tu amante te doy”*.

¡Si la felicidad no consiste en saber más! Radica en el corazón y no en la mente. Realizado el milagro, Androvar sacrificó su corazón y el Nazareno lo contempla con dolor: *“¿Estás satisfecho?”* La respuesta es decidora: *“Todo se mezcla en mi espíritu y la existencia resulta gris y monótona”*.

Pero es él un hombre insaciable.

Elienai absorta en la contemplación de Gadel, habla con encendida pasión. Es un amor que llega al frenesí, al deseo de que ambos sean *“una misma y sola cosa”*. Androvar pide otro milagro, *“el don divino de la eterna unión ansiada”*.

La respuesta es otra advertencia:

“El camino de la potencia divina has elegido. ¿Te crees por ventura, capaz de resistir desde tu humilde condición humana tan alta prueba? ¿Aún no escarmientas?”

El *acto tercero* es un grito penetrante que nace de los tres personajes. Ayes de dolor, sed, sangre que mana. Es la “angustia monstruosa” que Androvar culpa a Jesús, cuando son ellos los que rechazaron su camino y lo buscan despavoridos. Sienten el vértigo del abismo.

Gadel ha sido herido por los bandoleros y el terror los atenaza: *“Cuando el Nazareno llegue será tarde. ¡Dios mío!, acaso ya en Gadel habremos muerto”*.

Prado sintetiza de este modo la limitación del ser humano, aquejado por ansias incontenibles de felicidad, radicadas en un conocer y amar sin medida. Si el hombre no se resigna a su condición y desea, una vez más, “ser como dioses”, será víctima de una tragedia más cruel aún.

Androvar, en su desesperación, exclama: *“¡Torturas de torturas! Angustia de la más espantosa pesadilla... Nazareno vuélvanos a la realidad”*.

Y la sentencia de Jesús toca la raíz misma del poema en su desenlace trágico: *“¡Padre mío! Clamaban por realizar viejas ansias humanas... Escogieron atributos divinos, contando sólo con débiles fuerzas humanas”*.

La verdad buscada por Androvar y su discípulo Gadel no es otra que *“la angustia de ser dueños de revelaciones imposibles; la insensatez ignorante, que desconoce lo que valen sus deseos”*. Es la encarnación del ciego Nun, que lo ve todo y es víctima del vértigo; es el caprichoso anhelo de querer penetrar toda la verdad y sentirse cegados por esa *“luz espantosa”*, que cual *“carcoma de juego, corroe el alma misma”*.

El arte de Prado exige un pasar lento, pues la plenitud conceptual, la ilación del pensamiento y la riqueza humana que contiene, no permite huir por sus páginas. Hay que violarlas, romperlas en mil pedazos y sólo entonces asoman en su cruda realidad las llagas sangrientas, *“el vértigo de la carrera desolada”*, *“los labios de los amantes estrechándose para que suelde allí la carne”* y la locura de ideales imposibles, que en determinadas circunstancias afloran con violencia, nublando la mente.

Raúl Silva Castro cree que *Androvar* es "la culminación del arte de Prado". Exacto. Nueve años de silencio, amor, dudas y certezas, engendraron *Camino de las Horas*. Es la respuesta.

Cuando el héroe oye: "*Androvar, ten fe y sígueme*", y en su desesperación retorna a la cordura, conquistó la serenidad después de haber probado la máxima amargura.